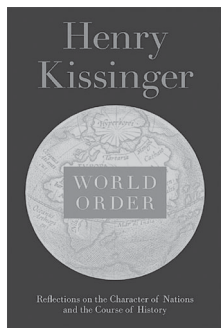


Reseñas



Henry Kissinger, *World Order: Reflections on the Character of Nations and the Course of History*, Londres, Allen Lane, 2014, 420 pp.

Para quienes conocen la trayectoria de Henry Kissinger, es indudable que la vida del diplomático estadounidense, recopilada en la extraordinaria biografía escrita por Niall Ferguson, *Kissinger: 1923-1968: The Idealist* (2015), ha sido una buena e inusual combinación de reflexión y práctica de las relaciones internacionales. El nonagenario Kissinger ha trabajado en las últimas décadas para ofrecer una síntesis de sus experiencias a través de sus memorias, así como una reflexión más teórica de lo que ha sido su pensamiento con *Diplomacia* (1994), una combinación de ambas en *On China* (2011) y el libro del que ahora nos ocupamos.

Existe un apasionado debate sobre la frontera entre el *orden* y la *estabilidad global*, y el *desorden* y el *caos*. Por un lado están los que argumentan que predomina un clima de estabilidad relativa, caracterizada por intercambios económicos a nivel global, instituciones internacionales funcionales e interconectividad entre regiones geográficamente distantes. Por la otra, hay defensores de la idea de que vivimos en un mundo en desorden, un mundo en el que los conflictos tanto al interior como allende las fronteras de los países van en aumento, las situaciones de vulnerabilidad y violencia son cada vez más marcadas y el sistema internacional resulta tan ineficaz como insuficiente para afrontar los problemas en cuestión.

En este contexto resulta muy relevante la lectura de *World Order*. La prolífica obra del que fuera asesor de seguridad nacional de Richard Nixon y también secretario de Estado durante el último año de esa presidencia

y toda la de Gerald Ford culmina (a menos que el diplomático dé otra sorpresa) con este libro. El texto se podría describir como una mezcla entre un manual de relaciones internacionales, algunos apuntes propios de unas memorias y una lección de *realpolitik*.

Kissinger revisa, con relativo detalle, la relevancia de las estructuras que ha adoptado el sistema internacional en distintos momentos de la historia, y explora varias interpretaciones del concepto de *orden*, aunque se centra en la díada: equilibrio-hegemonía. El libro resulta revelador desde el inicio porque a pesar de ser profundamente occidental en sus concepciones demuestra el sesgo que los estudios internacionales han tomado en su caracterización del orden mundial. La línea dominante se ha enfocado principalmente en la geopolítica occidental y se ha excluido el estudio de visiones de orden que preexisten (o coexisten) a la formación del sistema europeo (singularmente China); por ello, esta aportación es incluyente y novedosa.

La primera de las premisas propuestas por Kissinger es que no hay un único concepto de orden. Su definición de orden es variable, pues está estrechamente ligada a la cultura e historia del país o la región en cuestión. Concede que el orden es una serie de normas y reglas que, al ser aceptadas e impuestas por los involucrados, crearán un equilibrio de poder, o bien el orden lo impone un actor con suficiente fuerza para hacer valer su visión.

Kissinger estudia cuatro tipos de orden, a saber: el derivado de la Paz de Westfalia, el islámico, el asiático y, por último, el híbrido estadounidense. Revisa aspectos de la formación, la aplicación y el desarrollo del concepto de orden. No se trata en estricto sentido de estudios de caso a los que aplica el mismo marco analítico; más bien compila reflexiones históricas y políticas desde cuatro perspectivas de orden global.

Las nociones de orden estudiadas por Kissinger (westfaliano, islámico, asiático y estadounidense) distan una de la otra por tres grandes razones: a) la unidad sobre la cual se sustenta el concepto de orden varía (estatal en Asia, onfalocéntrica en Estados Unidos, comunitaria en Medio Oriente); b) los principios que sustentan la idea de orden cambian (no intervención para Asia, de ideales compartidos en Estados Unidos, pertenencia y credo en Medio Oriente), y c) la manera de garantizar el sustento del orden (organiza-

ción regional en Asia, equilibrio de poder en Estados Unidos, involucramiento en Medio Oriente).

La doble condición del autor (judío alemán y estadounidense) explica sus dos grandes obsesiones y las dos grandes líneas discursivas del libro: la admiración por el sistema de orden europeo que establece Westfalia y posteriormente el Congreso de Viena (así como una suerte de nostalgia por esa época dorada de la diplomacia), y su firme convicción en el *excepcionalismo* estadounidense.

La obra comienza con una recapitulación de la construcción del orden europeo como consecuencia de la firma de la Paz de Westfalia en 1648, que marcó el fin de la Guerra de los Treinta Años. Tras un breve recuento histórico de los motivos y el contexto que llevó a las naciones europeas del siglo XVII a firmar el Tratado de Westfalia (en realidad se debería referir a ellos en plural), el autor establece el tono que prevalecerá a lo largo del libro: la Paz de Westfalia es la primera y probablemente última vez (hasta la fecha) en la que un colectivo de naciones ha conseguido establecer un orden conducente a una paz y estabilidad duraderas. Kissinger hace un recuento de los factores de inestabilidad y las amenazas que ha enfrentado el sistema europeo, así como de la visión de los grandes héroes y villanos que dieron forma a la política europea (Richelieu, Metternich, Tayllerand y Bismark) desde la firma de la Paz de Westfalia hasta la del Tratado de Versalles.

Kissinger alaba la fluidez y el pragmatismo que caracteriza tanto a la Paz de Westfalia como al Congreso de Viena y critica duramente a Versalles por su revanchismo. En este primer capítulo se asienta la base analítica y comparativa para los siguientes, al subrayar que la vitalidad del orden internacional westfaliano es reflejo del equilibrio que existe entre la legitimidad, el equilibrio de poder y el énfasis relativo que se le otorga a cada uno en el sistema.

La segunda parte de la obra se enfoca en el recuento de la formación y la expansión del Islam y la construcción de un orden basado en la idea de *umma* o comunidad en los Estados de credo islámico. Kissinger explica de manera somera que históricamente el orden islámico ha creado una cohesión basada en la pertenencia a la *umma* (comunidad de creyentes). Cualquier persona o Estado no creyente ni es ni puede formar parte de la

comunidad de orden y queda fuera del sistema. La convivencia armónica de lo diverso o el reconocimiento de los otros como iguales (pilar de Westfalia) es inviable. La sección que Kissinger dedica al orden islámico y a Medio Oriente tiene tintes de comparación. Es más, parece en algún punto un intento fallido de darle una oportunidad a esta visión de orden, que, al fin y cabo, se descarta velozmente porque conduce al callejón sin salida de la exclusión de lo diverso. De igual manera, evita comentar sobre el conflicto palestino-israelí y el reto que plantea al orden en Medio Oriente, lo que quizás pueda leerse como un gesto de cautela para no crear incomodidades en ciertos sectores y personas de la vida política de su país.

Es muy interesante, en cambio, cuando trata la disyuntiva de Irán: si se adaptará progresivamente al orden internacional o, si por el contrario, optará por una senda solitaria con el fin de refrendar su posición, no de Estado, sino de causa. Los principios sobre los que el ayatolá Jomeini fundó la Revolución iraní de 1979 y sobre los que se basa la idea del orden islámico consideran que los Estados nación son obstáculos en la misión de convertir a los herejes. Sin embargo, el nuevo gobierno iraní abre para Estados Unidos una posibilidad de acercamiento inédito. En vista de los retos comunes como enfrentar al Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés), trabajar con Irán resulta clave para la relación bilateral, así como para la regeneración de la imagen y el control de daños del gigante norteamericano en la región. Siguiendo el principio de *realpolitik* que ha caracterizado la línea discursiva de Kissinger a lo largo de los años, Estados Unidos debería repensar su estrategia con Irán en el corto, mediano y largo plazo. Este tema se torna todavía más interesante en vista de la firma del Joint Comprehensive Plan of Action, suscrito por E3/EU+3 (Francia, Alemania, Reino Unido, China, Rusia y Estados Unidos) con la República Islámica de Irán, que aún no había tenido lugar cuando *World Order: Reflections on the Character of Nations and the Course of History* fue publicado. Parece que Irán se acerca más al primero de los supuestos planteados por Kissinger, de un principio de adaptación progresiva. La cautela, sin embargo, obliga a dejar que el tiempo asiente lo que parecen buenas (y prometedoras) intenciones.

El tercer concepto de orden que Kissinger pone bajo su lupa es el asiático, dividido a su vez en cuatro grandes vertientes asimétricas:

- En la primera, en una reflexión meramente conceptual, Kissinger hace hincapié en la diferencia de conceptos de orden al interior de los países que integran Asia. La idea de Asia es una construcción occidental, no existe homogeneidad en términos ideológicos, religiosos, culturales y políticos entre los países de la región. Hablar de un orden asiático parece redundante y casi pretencioso; sin embargo, Kissinger desafía esta lógica y declara que Asia, como se le conoce hoy, es lo más cercano al modelo de orden westfaliano de 1648: un sistema en el que el Estado es la unidad básica de la política nacional e internacional, en yuxtaposición con la visión islámica de orden. Basado en la no intervención y el cumplimiento de reglas y políticas de organizaciones internacionales, el asiático es un orden sustentado por organismos económicos y sociales regionales e interregionales. Kissinger argumenta que la diplomacia asiática (westfaliana) no se da sino hasta la segunda mitad del siglo XX, con los procesos de descolonización, a pesar de que la inserción de la región al orden internacional es producto de la colonización.
- La segunda vertiente es la de Japón. Tras una breve pero concisa recapitulación de la historia de ese país y de su involucramiento con actores del sistema internacional, Kissinger da una fugaz idea de cómo ve Japón el mundo. Discurre sobre la reconstrucción ideológica que ese país experimentó durante el siglo XX y concluye con la capacidad japonesa de entender que el futuro depende en gran medida de su capacidad de adaptarse al orden global vigente.
- La tercera trata de India. En sus 20 páginas el autor se enfoca en el *Arthashastra*, el tratado hindú sobre el que India ha basado su visión del orden global y su estrategia de gobierno en materia económica, militar y de política exterior. El *Arthashastra* (como el concepto de orden islámico) es expansivo y busca conquistar todos los Estados que forman parte del llamado “círculo de Estados” y así superar el equilibrio de poder para gobernar y controlar de manera unilateral. Tras su independencia, y de manera similar a Japón, India, en su intento por adaptarse a un sistema de orden global, desarrolló una doctrina de seguridad regional basada en principios de orden internacional abstractos.

- La cuarta y principal vertiente es China. Innegable sinófilo, Kissinger cuenta sobre el arduo proceso de adaptación y acomodo de China al sistema internacional, algo que el gigante asiático no olvida. Tradicionalmente un país aislado, China controló un sistema de orden propio, vigente durante siglos, un sistema indiscutiblemente conceptual, regido por la idea de China como ombligo del mundo. Este concepto ha cobrado fuerza en los últimos años en vista tanto del crecimiento y desarrollo del país, como de la oportunidad (aunque lejana todavía) que se le presenta para tomar la batuta y dirigir la orquesta planetaria. Kissinger, pragmático acérrimo, insiste en la importancia de acomodar de manera permanente a China en el orden internacional westfaliano, sobre todo en vista de que el gigante asiático intenta conciliar la visión tradicional de sí mismo como el único gobierno soberano, con la nueva, como una potencia contemporánea del sistema del que con reservas forma parte.

La culminación, en términos de análisis, se alcanza cuando se centra en Estados Unidos. La convicción del autor de lo imprescindible que resulta la nación norteamericana, del llamado *excepcionalismo estadounidense*, es central. Kissinger analiza el papel de Estados Unidos como principal promotor del orden del sistema global durante el último siglo, y hace votos para que recobre su papel de líder, no con el fin de sancionar o castigar, ni para incursionar en proyectos que califica de *wilsonianos*, de evangelización política. La idea que el autor preconiza es que Estados Unidos cobre relevancia como garante del éxito del proyecto de reconstrucción del sistema de orden internacional. Se debe descartar la idea de exportar preceptos de *democracia* y *respeto a los derechos humanos* asumibles por todos como condición previa, y retomar el papel de garante de equilibrio con el fin de evitar la guerra (muy diferente al de garantizar la paz). La estrategia del diplomático es tremendamente realista y pragmática, dado que resulta cada vez más complicado adoctrinar cuando uno no predica con el ejemplo.

El autor hace un balance de la política exterior de Estados Unidos en las últimas décadas, incluida la época de George W. Bush, en la que su persona fue ampliamente criticada (por su apoyo a la invasión en Iraq). Repasa la

búsqueda de un término medio de un péndulo que tiene en un extremo un pragmatismo limitante y en el otro un idealismo devastador. Más que una reflexión sobre un concepto de orden estadounidense, Kissinger revisa los errores y aciertos de Estados Unidos como líder global, y plantea las disyuntivas y los retos que enfrenta hoy (y enfrentará en el futuro cercano). Asimismo advierte sobre las consecuencias de no atender los problemas que enfrenta la comunidad internacional, las sonoras disonancias y el creciente número de conflictos entre actores. En suma, previene que el sistema no se va a arreglar solo, que el orden hay que trabajarlo, el mundo no se reacomoda sin estímulos ni compromisos.

En esta muy útil e importante obra hay temas que resultan sintomáticamente ausentes. El primero es la omisión de América Latina y África, dos regiones esenciales desde la perspectiva demográfica e importantes desde la económica. El segundo es el del papel que desempeñarán actores no gubernamentales en la reconfiguración del orden global westfaliano que el autor propone (dado que no se ha tenido la capacidad de encontrar un orden sustituto que cumpla con las mismas funciones). Aunque en algún momento menciona el reto que representan organizaciones como ISIS, el diplomático no discute cómo la nueva reconfiguración del antiguo orden europeo (que tanto admira) absorberá a actores tan diversos y variados. No hay espacio para ellos en este orden, ya que no los contempla y no discurre sobre cómo pueden hacer su espacio, o si lo conseguirán. La última gran omisión del análisis es el papel que jugará el desarrollo tecnológico en el futuro. Kissinger, a mi juicio, no le otorga el peso e importancia proporcional a la función que éste juega y jugará en el orden y el sistema global.

El libro termina paradójicamente con un comienzo para el lector. El de reflexionar sobre la forma que tomará el orden del siglo XXI. Existen tres dimensiones del orden global que presentan problemas según el autor: la naturaleza del Estado (la erosión que ha tenido ha sido enorme), la disparidad entre la evolución del sistema económico internacional y el político, y la falta de un mecanismo efectivo de diálogo para las grandes potencias.

En el fondo propone, con cierta melancolía, un regreso a un sistema westfaliano, casi como un canto de añoranza del antiguo sistema regentado por viejos estadistas y diplomáticos profesionales, que reconozca los retos

y cambios del siglo XXI, pero que tenga como base los preceptos de 1648, reglas claras y una estrategia de implementación efectiva.

Kissinger cierra su libro de manera magistral con una batería de preguntas que un hombre con su trayectoria política y académica puede formular con pertinencia, pues están en la raíz de toda estrategia de política exterior: ¿Qué se quiere prevenir por los medios que sean y sin apoyo, si es necesario? ¿Qué se quiere conseguir aunque no exista ningún apoyo? ¿Qué se quiere conseguir o prevenir sólo en el caso de tener apoyo? ¿En qué no hay que involucrarse aunque se pida apoyo? ¿Cuáles son los valores que se desean promover y cuáles son los dejados a las circunstancias?

Esta obra es una lectura imprescindible para quien desee entender conceptos del orden internacional global, así como su desarrollo en el futuro y el legado intelectual de un hombre del siglo XX que sigue reflexionando bien entrado el XXI.

Elena Curzio Vila